

El papel de la violencia en la contra-revolución europea, 1917-1939¹

Robert Gerwarth

robert.gerwarth@ucd.ie

«La Gran Guerra concluyó formalmente con la firma del armisticio.» observó el filósofo y polígrafo Piotr Struve en 1919 desde su privilegiada condición de intelectual público contemporáneo que había pasado de su filiación bolchevique al Movimiento Blanco en medio de la violenta guerra civil de su país. «Sin embargo, el caso es que todo lo que hemos experimentado y seguimos experimentando desde entonces es una continuación y transformación de la guerra mundial.»²

Struve no tuvo que hacer mucho más para probar su punto de vista: la violencia era ubicua en cuanto fuerzas armadas de diferentes tamaños y propósitos políticos continuaban enfrentándose en Europa del este y Europa central, y nuevos gobiernos iban y venían entre derramamientos de sangre. Sólo entre 1917 y 1920 Europa experimentó no menos de veintisiete traspasos violentos de poder político, muchos de ellos acompañados de guerras civiles, latentes o abiertas³. El caso más extremo fue, por supuesto, la propia Rusia, donde la hostilidad entre los partidarios y opositores del golpe bolchevique de Lenin en 1917 se había convertido rápidamente en una guerra civil de proporciones históricas sin precedentes que eventualmente se cobró más de 3 millones de vidas.⁴

Desde el momento en que Lenin tomó el poder en Rusia en 1917 la violencia fue una característica central de cómo sus enemigos del mundo entero concibieron al «bolchevismo» y una componente de la respuesta que se le dio, incluso en aquellos países donde era improbable una revolución comunista. La guerra civil rusa se caracterizó por una brutalidad extrema, pero los rumores sobre el bolchevismo que florecieron y se propagaron hacia el oeste fueron aún peores.

1. Ponencia invitada al Col·loqui Internacional Walter Benjamin «Les guerres civils a l'època contemporània», organizado por la Cátedra Walter Benjamin, la Universitat de Girona y el MUME, Girona-Portbou, 30 de septiembre-2 de octubre 2016.
2. Struve, citado en Peter HOLQUIST: *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge, MA, s. e., 2002, p. 2.
3. Peter CALVERT: *A Study of Revolution*, Oxford-NuevaYork, s. e., 1970, pp. 183-184.
4. Existe mucha bibliografía sobre este tema. Véase para una encuesta: Orlando FIGES: *A People's Tragedy: The Russian Revolution, 1891-1924*, Londres, s. e., 1996.

Varios periódicos norteamericanos informaron que los bolcheviques decapitaban a cinco centenares de enemigos por hora con la ayuda de una guillotina eléctrica en Petrogrado, mientras que en Gran Bretaña hubo varias publicaciones sobre informes apocalípticos de testigos que subrayaban la maldad sin límites de la que aparentemente eran capaces los bolcheviques. Los bolcheviques, o eso se sugirió, habían «nacionalizado» a mujeres de clase media y clase alta que se encontraban en iglesias ortodoxas y podían ser violadas por cualquier miembro del proletariado si así lo deseaba.⁵

Las noticias del asesinato del zar y de su familia en el verano de 1918, que dieron la vuelta al mundo, también trajeron recuerdos incómodos de la radicalización de la revolución francesa después de la ejecución del rey Luis XVI y de su esposa María Antonieta en 1793. Lenin hizo más bien poco para disipar estas preocupaciones. Al contrario: incluso antes de octubre de 1917 Lenin se había referido repetidamente al jacobinismo como una inspiración histórica. Respondiendo a los críticos que acusaban a los bolcheviques de ser los jacobinos modernos, escribió en julio de 1917: «Los historiadores burgueses ven el jacobinismo como un fracaso. Los historiadores proletarios consideran al jacobinismo el *súmmum* de la lucha emancipadora de una clase oprimida... Es natural para la burguesía odiar al jacobinismo. Es natural que la pequeña burguesía le tenga miedo. Los trabajadores con conciencia de clase y los obreros confían en el traspaso de poder a la clase revolucionaria oprimida, porque esa es la esencia del jacobinismo, la única salida de la crisis actual y el único remedio para el desorden económico y la guerra».⁶

Aprender de las lecciones del pasado significó que Lenin y los bolcheviques no podían permitir otro «Termidor» –el golpe de Estado del 27 de julio de 1794 durante el cual Maximilien Robespierre y su Comité de Salvación Pública fueron derrotados y que resultó en la ejecución del liderato jacobino y su reemplazamiento, primero con el Directorio conservador y luego por el mandato de Napoleón. Para evitar que tal escenario se repitiera, se requería más terror, no menos.⁷ Como resultado de ese razonamiento y de la escasez de alimentos, la guerra civil se tornó cada vez más brutal a medida que avanzaba. La constante y cambiante fortuna de la guerra, durante la cual regiones enteras fueron sometidas a regímenes cambiantes en repetidas ocasiones, desencadenó un ciclo interminable de

5. Robert GERWARTH y John HORNE: «Bolshevism as Fantasy. Fears of Revolution and Counter-Revolutionary Violence, 1917-1923», en Robert GERWARTH y John HORNE (eds.): *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*, Oxford-Nueva York, s. e., 2012, pp. 40-51. Para todo un catálogo de horrores, véase George PITT-RIVERS: *The World Significance of the Russian Revolution*, Londres, 1920; Anthony READ: *The World on Fire: 1919 and the Battle with Bolshevism*, Londres, s. e., 2008, p. 23.
6. LENIN: «Can Jacobinism Frighten the Working Class?» (7 de julio de 1917), en *Lenin. Collected Works*, vol. 25, Moscú, s. e. 1977, pp. 121-122.
7. Heinrich August WINKLER: *The Age of Catastrophe: A History of the West, 1914-1945*, New Haven, s. e., 2015, p. 165. Véase también el estudio, ahora clásico, de Arno MEYER: *The Furies: Violence and Terror in the French and Russian Revolutions*, Princeton, s. e., 2000.

violencia y represalias en la que ni los Blancos ni sus oponentes Rojos hicieron nada para reprimir a sus tropas.⁸

Como era de esperar, dada la naturaleza de los informes que llegaban de Rusia, los medios de comunicación occidentales compitieron en pintar el más sombrío retrato de los dirigentes bolcheviques y sus partidarios. El apocalipsis tuvo repentinamente un nuevo nombre: «Las condiciones rusas», un término comúnmente utilizado en toda Europa para describir la inversión de todos los valores morales de «Occidente». Los carteles políticos de la derecha comenzaron a retratar al bolchevismo como una figura espectral o esquelética con una daga ensangrentada entre los dientes. Las variaciones de este cartel aparecieron no sólo en Francia y Alemania, sino también en Polonia y Hungría.⁹ La reacción era bastante similar a la situación a finales del siglo XVIII, cuando las horrorizadas élites gobernantes de Europa temían una guerra apocalíptica jacobina: muchos europeos después de 1917 supusieron que el bolchevismo se extendería para «infectar» al resto del viejo mundo, provocando una movilización y una acción violentas contra la amenaza percibida.¹⁰

Durante este periodo, la característica común que tuvieron las guerras civiles que abrumaron a Europa fue que en su mayoría fueron provocadas por acontecimientos simultáneos de revoluciones sociales y nacionales. Si durante las últimas fases de la Gran Guerra muchos estados combatientes habían sido testigos de paros y huelgas provocados por la escasez material y el cansancio, el final de la guerra estuvo acompañado por cambios radicales de gobierno en todos los estados derrotados de Europa. Desde Alemania hasta Hungría, desde Bulgaria hasta el Imperio otomano, donde Mustafa Kemal fundó la República de Turquía en 1923. Las revoluciones que tuvieron lugar entre 1917 y 1923 podían ser de naturaleza sociopolítica o, en otras palabras, en pos de la redistribución de poder, tierra y riqueza, o podían ser revoluciones nacionales, como ocurrió en las zonas de ruptura de los imperios derrotados de Habsburgo, Romanov, Hohenzollern y otomano, donde, inspirados por la idea de la autodeterminación, trataban de reestablecerse estados nuevos o reemergentes. La aparición simultánea y el frecuente solapamiento de estas dos corrientes revolucionarias fue una de las peculiaridades entre 1917 y 1923.¹¹

8. William G. ROSENBERG: «Paramilitary Violence in Russia's Civil Wars», en Robert GERWARTH y John HORNE (eds.): *War in Peace...*, pp. 21-39, esp. p. 21. Existen estudios excelentes sobre regiones distintas. Véase sobre Transcaucasia: Jörg BABEROWSKI: *Der Feind ist überall: Stalinismus im Kaukasus*, Múnich, s. e. 2003; sobre Asia central: Hélène CARRÈRE D'ENCAUSSE: *Islam and the Russian Empire. Reform and Revolution in Central Asia*, Londres-Berkeley, s. e., ca. 1988; Sobre el Oeste y Ucrania: Mick CHRISTOPH: «Vielerlei Kriege: Osteuropa 1918-1921», en Dietrich BEYRAU et al. (eds.): *Formen des Krieges von der Antike bis zur Gegenwart*, Paderborn, s. e., 2007, pp. 311-326; Piotr WRÓBEL: «The Seeds of Violence: The Brutalization of an East European Region, 1917-1921», *Journal of Modern European History*, 1 (2003), pp. 125-149.
9. Mark William JONES: *Violence and Politics in the German Revolution, 1918-19*, Tesis doctoral, European University Institute, 2011, pp. 89-90.
10. Robert GERWARTH y John HORNE: «Bolshevism as Fantasy...», pp. 46-48.
11. Michael A. REYNOLDS: *Shattering Empires. The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires*, Cambridge-Nueva York, s. e. 2011; Alexander V. PRUSIN: *The Lands Between, Conflict in*



• Prisioneros alemanes en Francia, fotografía probablemente tomada después del avance aliado de agosto de 1918 (National Library of Scotland).

Si bien es obvio que ninguna de las violencias de la posguerra pueden explicarse sin hacer referencia a la Gran Guerra, podría ser más apropiado considerar este conflicto como el activador no intencionado de las revoluciones sociales o nacionales que iban a ocupar la agenda política, social y cultural de las décadas siguientes. Hacia el final, desde 1917 en adelante, la Gran Guerra cambió de naturaleza, ya que la revolución bolchevique de 1917 supuso la retirada de Rusia de la contienda, mientras que los aliados occidentales, fortalecidos por la entrada de Estados Unidos en el conflicto, respaldaron cada vez más el desmantelamiento de los imperios europeos como objetivo de guerra. Los acontecimientos en Rusia en particular tuvieron un doble efecto: el reconocimiento de Petrogrado de la derrota aumentó las expectativas de una victoria inminente entre las potencias centrales (sólo meses antes de su derrota final llevó a la búsqueda de «enemigos internos» que supuestamente causaron el colapso), inyectando a la vez nuevas y poderosas energías en un continente devastado por la guerra y dispuesto para la revolución después de cuatro años de lucha.¹²

the East European Borderlands, 1870-1992, Oxford-Nueva York, s. e. 2010, pp. 72-97; Piotr WRÓBEL: «The Seeds of Violence...»; Peter GATRELL: «Wars after the War: Conflicts, 1919-1923», en John HORNE (ed.): *A Companion to World War I*, Chichester, s. e. 2010, pp. 558-575; Richard BESSEL: «Revolution», en Jay WINTER (ed.): *The Cambridge History of the First World War, Vol. 2*, Cambridge-Nueva York, 2014, pp. 126-144, esp. p. 138.

12. Para una discusión detallada sobre estos temas, véase Robert GERWARTH: *The Vanquished: Why the First World War Failed to End, 1917-23*, Londres, s. e., 2016.

Fue en este período cuando un conflicto particularmente letal, pero en última instancia convencional entre estados –la Primera Guerra Mundial–, dio paso a una serie interconectada de conflictos cuya lógica y propósitos eran mucho más peligrosos. A diferencia de la Primera Guerra Mundial, un conflicto donde se combatía con el propósito de obligar al enemigo a aceptar ciertas condiciones de paz (por severas que fueran), la violencia después de 1917-1918 fue infinitamente más ingobernable. Los conflictos tendían a ser conflictos existenciales, se luchaba para aniquilar al enemigo, ya fueran enemigos étnicos o de clase, una lógica genocida que posteriormente dominaría Europa Central y Oriental entre 1939 y 1945.¹³

Una característica notable de los conflictos que surgieron después de 1917-1918 fue que tuvieron lugar después de un siglo en el que los estados europeos habían logrado, con más o menos éxito, afirmar su monopolio de la violencia legítima, cuando los ejércitos nacionales se habían convertido en la norma y donde se había codificado la distinción fundamental entre combatientes y no combatientes (incluso si se rompía con frecuencia en la práctica). Huelga decir que tales normas y reglas bélicas nunca fueron aplicadas a las colonias no europeas, donde el sometimiento violento y sistemático de las poblaciones indígenas fue en gran parte desregulado y frecuentemente dirigido a civiles acusados de dar cobijo a los insurgentes. Las Convenciones de La Haya (y los subsiguientes acuerdos internacionales relativos a la conducta durante la guerra) fueron esencialmente urdidos por hombres blancos para la protección de los europeos blancos (y, por extensión, para las poblaciones de colonizadores en los Estados Unidos y los imperios europeos). Los conflictos de la posguerra revirtieron la tendencia de domesticar los efectos de la guerra mediante códigos de conducta. Ante la ausencia de estados en funcionamiento en las antiguas tierras imperiales de Europa, las milicias de diversas ideologías políticas asumieron solas el papel del ejército nacional mientras las líneas entre amigos y enemigos y combatientes y civiles se tornaron aterradoramente ambiguas.¹⁴

En la región del Báltico, para citar un ejemplo específico, los nacionalistas letones y estonios que pretendían defender la independencia recién conseguida después de 1918, se enfrentaron con los bolcheviques locales y los rusos que les apoyaban. La situación se complicó aún más por la participación de forasteros, especialmente por los anti-bolcheviques rusos «blancos» y soldados alemanes, los Freikorps, que vagaban por la región en busca de tierra, gloria o aventuras. Las campañas militares que surgieron durante todo 1919 difirieron notablemente de las luchas que habían tenido lugar durante los cuatro años anteriores, sobre todo porque era, en realidad, un conflicto sin líneas de frente claramente demar-

13. *Ibid.*

14. Alfred von SAMSON-HIMMELSTJERNA: «Meine Erinnerungen an die Landwehrzeit», Marburgo, Herder Institut, DSHI 120 BR BLW 9, p. 20.

casas ni combatientes fácilmente identificables.¹⁵ Los rusos étnicos, los letones, e incluso los antiguos prisioneros de guerra alemanes luchaban al lado de los bolcheviques, a menudo con uniformes improvisados o disfrazados de civiles, reforzando así la percepción entre las tropas alemanas de los Freikorps de que se trataba de una guerrilla, donde las reglas normales del compromiso militar no se aplicaban y se tenía que luchar con el enemigo despiadadamente y sin remordimientos. Como recordaba un voluntario alemán del Báltico, Alfred von Samson-Himmelstjerna, estos no eran tiempos para la caballerosidad: «No se podía dejar a nadie vivo».¹⁶

Las descripciones de violencia absoluta figuraban en numerosos relatos autobiográficos de la campaña báltica, incluida la de Rudolf Höss, el futuro Comandante de Auschwitz, que sirvió en Letonia como voluntario después de 1918: «Las batallas en los Estados bálticos eran más brutales que cualquier cosa que hubiese experimentado antes. Apenas había una línea de frente; el enemigo estaba en todas partes. Allí donde los oponentes chocaban, había una matanza de la que no quedaba nadie.»¹⁷ El relato de Höss, escrito poco antes de su ejecución en 1947 por los crímenes de guerra en Polonia, debe ser leído con precaución, pues pretendía justificar su propia brutalidad utilizando como excusa haber sido socializado en tiempos de guerra y salvajismo. Sin embargo, no cabe duda de que la campaña alemana del Báltico se caracterizó por una violencia extrema y un ataque deliberado contra civiles sospechosos de ser simpatizantes bolcheviques. Sólo en Mitau (Jelgava), los Freikorps ejecutaron a unos 500 civiles letones acusados de ayudar y dar cobijo a los bolcheviques. Otros 325 murieron en las ciudades de Tuckum (Tukums) y Dünamunde (Daugavgrīva).¹⁸ A pesar de que la violencia contra los civiles no había sido poco frecuente durante los cuatro años precedentes, especialmente en el frente oriental, había seguido siendo excepcional, al menos en el contexto general de una gran guerra entre combatientes uniformados. Después de 1918, el blanco de civiles «sospechosos» escogido por las tropas llegó a ser mucho más extenso cuando dejaron de estar limitadas por convenciones militares y regulaciones – una tendencia que culminó en el ataque de los nazis contra Europa del este después de 1939-1941 cuando el genocidio de civiles había dejado de ser un subproducto de la guerra y ya formaba parte de toda una campaña ideológica.

Las cosas no eran mucho mejor en otros lugares, ya que los nuevos ejércitos nacionales y las formaciones paramilitares de diferentes convicciones ideológicas

15. Annemarie H. SAMMARTINO: *The Impossible Border: Germany and the East, 1914-1922*, Ithaca, s. e., 2010, p. 53.

16. Alfred von SAMSON-HIMMELSTJERNA: «Meine Erinnerungen...», p. 20.

17. Rudolf HÖSS: *Death Dealer. The Memoirs of the SS Kommandant at Auschwitz*, Buffalo, NY, s. e., 1992, p. 60.

18. Robert G. L. WAITE: *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany, 1918-1923*, Cambridge, MA, s. e., 1952, pp. 118-119.

chocaron violentamente en Europa Central y Oriental, ya fuera para expandir fronteras reales o imaginarias o para encender o acabar con la revolución. En todas partes los civiles considerados partidarios de causas rivales fueron asesinados en el proceso. Si la violencia durante la Gran Guerra se había caracterizado por su modernidad –la gran mayoría de los combatientes muertos murieron a causa de la artillería enemiga–, la violencia de la posguerra era visiblemente premoderna y cargada de simbolismo. Durante las guerras campesinas en Rusia asesinaban a los emisarios bolcheviques que intentaban requisar alimentos con armas blancas, los clavaban en las puertas de los establos, los crucificaban o incluso los descuartizaban. Gran parte de los asesinatos en los conflictos de la posguerra se cometieron en combates cara a cara con armas relativamente poco sofisticadas (pistolas, rifles, espadas).¹⁹

Aunque la violencia contrarrevolucionaria en toda Europa se dirigía contra una amplia gama de enemigos, reales o imaginarios, los judíos ocuparon un lugar destacado. Como presuntos «portadores» del bolchevismo, los judíos fueron el blanco de los rusos blancos en cientos de pogromos que se ejecutaron principalmente en las fronteras occidentales del antiguo Imperio Romanov. La situación fue particularmente terrible en Ucrania, donde el poder cambió de manos repetidamente durante la Guerra Civil rusa, y los judíos fueron señalados como presuntos partidarios del bolchevismo, por lo general en pogromos cebados con alcohol, de los cuales se registraron más de 1.000 en la región entre finales de 1918 y 1920.²⁰ En la capital de la región de Galitzia, Lemberg (Lwów), antaño la cuarta ciudad más grande del imperio austrohúngaro y ahora reclamada por los nacionalistas polacos y ucranianos para sus estados emergentes, tuvo lugar un terrible pogromo a finales de noviembre de 1918, cuando las tropas polacas habían echado a sus adversarios ucranianos. Bajo la excusa de buscar francotiradores que estaban ayudando a la retirada de las tropas ucranianas, acordonaron el barrio judío de la ciudad antes de entrar en pequeñas unidades armadas con pistolas y cuchillos. La violencia se esparció rápidamente mientras los soldados corrían por el barrio, matando a los hombres en edad militar. En el pogromo de tres días

19. Orlando FIGES: *Peasant Russia, Civil War: The Volga Countryside in Revolution, 1917-1921*, Oxford, s. e., 1989, pp. 319-328; Martin KRISPIN: «Für ein freies Rußland...» *Die Bauernaufstände in den Gouvernements Tambov und Tjumen 1920-1922*, Heidelberg, s. e., 2010, pp. 181-97 y 400-402; Vladimir N. BROVKIN: *Behind the Frontlines of the Civil War: Political Parties and Social Movements in Russia, 1918-1922*, Princeton, s. e., 1994, pp. 82-85; Peter Holquist: *Making War...*, pp. 166-205.
20. Sobre el terrible pogromo de 1918 en Lwów, véase por ejemplo William W. HAGEN: «The Moral Economy of Ethnic Violence: The Pogrom in Lwów, November 1918», *Geschichte und Gesellschaft*, 31 (2005), pp. 203-226; Torsten WEHRHAHN: *Die Westukrainische Volksrepublik: Zu den polnisch-ukrainischen Beziehungen und dem Problem der ukrainischen Staatlichkeit in den Jahren 1918 bis 1923*, Berlín, s. e., 2004, pp. 154-156; Ludwik MROCZKA: «Przyczynek do kwestii żydowskiej w Galicji u progu Drugiej Rzeczypospolitej», en Feliksa KIRYKA (ed.): *Żydzi w Małopolsce. Studia z dziejów osadnictwa i życia społecznego*, Przemyśl, s. e., 1991, pp. 297-308.

asesinaron a setenta y tres vecinos del barrio y otros cientos más fueron heridos; las tiendas saqueadas y los edificios incendiados.²¹

Una combinación de anti-bolchevismo y nacionalismo desató pogromos contra la minoría judía también en Polonia, aunque no tantos como en Ucrania. Sin embargo, como observó en 1920 –posiblemente en respuesta a un pogromo particularmente bien documentado en Pinsk– el veterano de guerra y novelista judío alemán Arnold Zweig: «Los polacos y los pogromos se han abalanzado sobre los judíos orientales que viven hacinados en las grandes ciudades y dispersos por ciudades pequeñas y pueblos. Desde las grandes ciudades llegan noticias impactantes, pero de los pueblos, como no hay ferrocarriles ni oficinas de telégrafos, hace tiempo que no se oye nada. Uno se da cuenta muy poco a poco de lo que está sucediendo allí: de los asesinatos y las masacres.»²²

La sospecha de que los judíos eran los principales impulsores y beneficiarios del bolchevismo se extendió rápidamente hacia el oeste. En Munich, el refugiado alemán del Báltico (y futuro ministro nazi de los Territorios Orientales Ocupados), Alfred Rosenberg, comentó en un artículo de prensa de mayo de 1919: «Lenin es el único no judío entre los comisarios populares. Él es, por decirlo así, el mostrador ruso de un negocio judío. Pero se puede observar, y todas las noticias recientes lo confirman, que el odio contra los judíos en Rusia se está extendiendo constantemente a pesar de todo el terror. [...] Si cae el gobierno actual, ningún judío quedará vivo en Rusia; se puede decir con certeza que los vivos serán expulsados. ¿A dónde? Los polacos ya los mantienen a raya, entonces todos vendrán a la vieja Alemania, donde los amamos tanto y les preparamos los asientos más cálidos.»²³

La idea de que el bolchevismo era esencialmente una ideología judía provenía claramente de Rusia, sobre todo de la propaganda de los rusos blancos, pero la idea caló en toda Europa.²⁴ El hecho de que un número relativamente elevado de activistas de la izquierda política tuviese antepasados judíos y éstos hubiesen desempeñado un papel importante en las revoluciones posteriores de Europa Central de 1918-1919 –Rosa Luxemburgo en Berlín, Kurt Eisner en Munich, Béla Kun en Hungría, Victor Adler en Viena– hacía parecer esas acusaciones plausibles, incluso para observadores de Gran Bretaña y Francia. Uno de cada tres periódicos franceses contemporáneos, por ejemplo, atribuyó la revolución bolchevique a la influencia de los judíos. En Londres, políticos como Winston

21. Christoph MICK: *Lemberg-Lwów-L'viv, 1914-1947: Violence and Ethnicity in a Contested City*, West Lafayette, s. e., 2015. Mark MAZOWER: «Minorities and the League of Nations in Interwar Europe», *Daedalus*, 126 (1997), pp. 47-63, esp. p. 50. Frank GOLCZEWSKI: *Polnisch-jüdische Beziehungen, Polnisch-jüdische Beziehungen 1881-1922: Eine Studie zur Geschichte des Antisemitismus in Osteuropa*, Wiesbaden, s. e., 1981, pp. 205-213.

22. Arnold ZWEIG: *Das ostjüdische Antlitz*, Berlín, s. e., 1920, pp. 9-11.

23. Alfred ROSENBERG: «Die russisch-jüdische Revolution», *Auf gut Deutsch*, 24 de mayo de 1919.

24. Leon POLIAKOV: *The History of Anti-Semitism*, vol. 4: *Suicidal Europe, 1870-1933*, Oxford, s. e., 1985, pp. 274-276.

Churchill y diplomáticos en el Foreign Office británico llegaron a conclusiones similares. Como señaló uno de ellos en un memorando interno: «Hay, me temo, alguna justificación en la sugerencia de que los judíos son el eje vertebrador del bolchevismo»²⁵

Tales opiniones fueron alentadas además por el «éxito» internacional de los fabricados *Protocolos de los Sabios de Sión*, las supuestas minutas de una reunión de líderes judíos de fines del siglo XIX que habrían discutido cómo lograr la dominación del poder político global. Los *Protocolos* fueron traducidos a las lenguas europeas occidentales a partir de 1919 en adelante (las traducciones fueron financiadas por particulares ricos tales como el industrial americano Henry Ford, que proporcionó el coste de la impresión de más de 500.000 copias para ser distribuidas en los Estados Unidos). Su probada falsificación en 1921 no alteró el enorme impacto de los *Protocolos* sobre las sospechas contrarrevolucionarias.²⁶

La violencia contrarrevolucionaria remitió temporalmente con el fin de la guerra civil rusa y la relativa estabilización política y económica que se instauró en toda Europa a finales de 1923. Sin embargo, en 1929, el continente ya se estaba hundiendo de nuevo en la crisis y el desorden. La Gran Depresión, que comenzó con la caída de Wall Street en octubre de 1929, contribuyó más que cualquier otro acontecimiento a terminar con la breve era de relativa estabilidad de Europa. La crisis económica y política europea posterior a 1929 minó fatalmente cualquier fe restante en la democracia e impulsó una búsqueda intensificada de nuevos regímenes que pudiesen curar los males del capitalismo occidental y reparar las injusticias impuestas a los estados derrotados de Europa en el período de 1918-20.²⁷ Los partidos de la extrema izquierda y de la derecha, que desde hacía tiempo habían catalogado la democracia como un sistema político extranjero e importado, experimentaron un creciente apoyo por sus promesas populistas de resolver las crisis económicas y políticas de sus países con medidas radicales. Esto es especialmente aplicable a Alemania, donde la catástrofe catapultó un movimiento abiertamente contrarrevolucionario –el partido nazi– desde los márgenes de la política hasta su epicentro. Aunque los nazis no crearon la crisis económica y política de Alemania, demostraron ser sus principales beneficiarios. Muchos votantes los veían cada vez más como la única alternativa viable al partido comunista, cuyo apoyo también había crecido de manera constante en respuesta al mismo sentimiento de crisis. La aparente incapacidad de la democracia liberal

25. Mark LEVENE: *War, Jews, and the New Europe. The Diplomacy of Lucien Wolf, 1914-1919*, Oxford-Nueva York, s. e., 1992, p. 212. ÍD.: *The Crisis of Genocide*, vol. 1: *Devastation. The European Rimlands 1912-1938*, Oxford, s. e., 2014, citado en la p. 184.

26. Sobre los protocolos, véase Norman COHN: *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Nueva York, s. e., 1966.

27. Para un estudio general de la Gran Depresión, véase Patricia CLAVIN: *The Great Depression in Europe, 1929-1939*, Basingstoke-Nueva York, s. e., 2000. Para Alemania en particular, véanse los clásicos informes de Harold JAMES: *The German Slump: Politics and Economics 1924-1936*, Oxford-Nueva York, s. e., 1986.

para manejar la crisis económica y el amargo conflicto social fue crucial para los éxitos electorales de Hitler entre 1929 y 1932.²⁸

En otras partes de Europa, la crisis impulsó a los votantes hacia los partidos extremistas y ofreció excusas para que los políticos pasaran por alto el Parlamento en nombre de «la estabilidad» y «el orden». Frente a las previsiones optimistas de Woodrow Wilson de que el mundo de la posguerra sería «seguro para la democracia», la mayoría de las democracias establecidas en Europa en 1918 fueron finalmente reemplazadas por regímenes autoritarios de la derecha.²⁹ Esto no sólo ocurrió en el caso más conocido de Alemania, donde Hitler se convirtió en canciller en enero de 1933. En Bulgaria, el movimiento social popular de inspiración italiana y alemana crecía bajo Aleksander Tzankov, mientras que en la izquierda, El Partido Comunista de los Trabajadores Búlgaros (BWP) gozó de un apoyo significativo en las ciudades.³⁰ En mayo de 1934, una pequeña organización elitista de nacionalistas anti-bolcheviques, *Zveno*, ejecutó un golpe exitoso apoyado por otros grupos de la derecha.³¹ El nuevo gobierno abolió los partidos políticos y los sindicatos, introdujo la censura, y centralizó la administración en pos de un estado corporativo según el modelo fascista italiano. En menos de un año, sin embargo, echaron a los *zvenari* de sus cargos y su gobierno fue reemplazado por una dictadura real bajo Boris III y su obediente primer ministro, Georgi Kioseivanov.³²

En Austria, a principios de 1933, el canciller Engelbert Dollfuss asumió poderes dictatoriales, reprimió a la izquierda e ilegalizó a los nazis austriacos. Cuando Dollfuss fue asesinado durante un intento de golpe por los nazis austriacos en julio de 1934, Kurt Schuschnigg le sucedió y continuó gobernando por decreto hasta que Hitler decidió anexionar Austria en el Reich alemán por la fuerza en 1938.³³ A mediados de los años 1930 los regímenes autoritarios y las dictaduras se habían convertido en la norma en toda Europa central y oriental. Su denomi-

28. Richard J. EVANS: *The Coming of the Third Reich*, Londres, s. e., 2004, pp. 232-308.

29. Richard J. OVERY: *The Interwar Crisis, 1919-1939*, Essex, s. e., 1994, p. 44 y ss.; y más recientemente: Adam TOOZE: *The Deluge: The Great War and the Remaking of Global Order, 1916-1931*, Londres, s. e., 2015. La cita de Woodrow Wilson proviene de su discurso en el Congreso de Estados Unidos en abril de 1917, http://wwi.lib.byu.edu/index.php/Wilson%27s_War_Message_to_Congress, consultado el 8 de diciembre de 2014.

30. Dimitrina PETROVA: *Aleksandar Tzankov i negovata partia: 1932-1944*, Sofía, s. e., 2011; Georgi NAUMOV: *Aleksandar Tzankov i Andrey Lyapchev v politikata na darzhavnото upravlenie*, Sofía, s. e., 2004.

31. Véase Valentina ZADGORSKA: «*Zveno*» (1927-1934), Sofía, s. e., 2008, p. 8.

32. Para el rey Boris III y su mandato, véase: Georgi ANDREEV: *Koburgite i katastrofite na Bulgaria*, Sofía, s. e., 2005; Nedyu NEDEV: *Tsar Boris III: Dvoretzat i tayniyat cabinet*, Plovdiv, s. e., 2009.

33. Sobre Alemania, véase: Dirk SCHUMANN: *Politische Gewalt in der Weimarer Republik. Kampf um die Strafe und Furcht vor dem Bürgerkrieg*, Essen, s. e., 2001. Sobre Austria en este periodo, véase, por ejemplo: Emmerich TALOS: *Das austrofaschistische Herrschaftssystem: Österreich 1933-1938*, Berlín-Münster-Viena, s. e., 2013; Jill LEWIS: «Austria: Heimwehr, NSDAP and the Christian Social State», en Aristotle A. KALIS (ed.): *The Facism Reader*, Londres-Nueva York, s. e., 2003, pp. 212-222. Sobre la violencia de este periodo, véase, Gerhard BOTZ: *Gewalt in der Politik: Attentate, Zusammenstöße, Putschversuche, Unruhen in Österreich 1918 bis 1938*, Múnich, s. e., 1983.

nador común era una oposición fundamental a la democracia parlamentaria y al capitalismo occidental, por un lado, y el antibolchevismo, por el otro.³⁴

A los caóticos años posteriores a 1929 les acompañaron en general importantes estallidos de violencia, a menudo cometidos por individuos o grupos que ya habían jugado un papel importante entre 1917 y 1923. Aunque la violencia física fue mucho menos común entre 1923 y 1929, persistió durante los años veinte una cultura más amplia de violenta retórica, política uniformada y lucha callejera. En el caso de la izquierda, las fantasías de exportar la revolución bolchevique más allá de la Unión Soviética fueron alentadas por los diversos partidos comunistas de Europa, que controlaba Moscú a través del Comintern o de la Tercera Internacional (1919-1943). En el caso de la extrema derecha, por el contrario, las organizaciones paramilitares «contra-revolucionarias», tan diversas como el partido de la Cruz Flechada húngara, la Heimwehr austriaca, la Ustacha croata y las milicias del báltico como la Unión de Fusileros Lituanos, la Aizsargi letona, y la Kaitseliit estonia, todas prosperaron con la idea de oponerse violentamente a la persistente amenaza de una revolución comunista, un temor que databa desde 1917.

A raíz de la Gran Depresión, estos conflictos estallaron en frecuentes enfrentamientos entre militantes políticos, ya que muchos países volvieron a experimentar condiciones similares a la guerra civil que había prevalecido durante los años posteriores a la guerra mundial. En la última fase de la República de Weimar, por ejemplo, la lucha callejera se cobró unas 400 víctimas, mientras que en Austria el asesinato en 1934 del Canciller Dollfuss era indicativo de un auge más general de violencia política.³⁵ Peor aún fue la situación en Bulgaria, donde los niveles de violencia habían permanecido extremadamente altos a lo largo de la década de 1920 y continuaron aumentando en los años treinta. Además de los ciclos de violencia y represión comunistas y anticomunistas, el país fue acosado por la no resuelta cuestión macedonia durante todo el período de entreguerras. El OIRM de Macedonia, envalentonado por su destacado papel en el brutal asesinato del primer ministro Stambolijski en 1923 y apoyado por Mussolini, llevó a cabo más de 460 operaciones armadas en Yugoslavia antes de 1934, incluyendo cientos de asesinatos y secuestros de miembros de las fuerzas armadas y la gendarmería.³⁶

A finales de 1930, solo dos de los nuevos estados del continente europeo inventados en 1918, Finlandia y Checoslovaquia, habían sobrevivido como demo-

34. Mark MAZOWER: *Dark Continent: Europe's Twentieth Century*, Londres, s. e., 1998, pp. 140-141. Véase también: Charles S. MAIER: *Leviathan 2.0: Inventing Modern Statehood*, Cambridge, Mass., s. e., 2014, p. 273.

35. Gerhard BOTZ: «Gewaltkonjunkturen, Arbeitslosigkeit und gesellschaftliche Krisen: Formen politischer Gewalt und Gewaltstrategien in der ersten Republik», en Helmut KONRAD y Wolfgang MADERTHANER (eds.): *Das Werden der ersten Republik ... der Rest ist Österreich*, vol. 1, Viena, s. e., 2008, pp. 229-362, esp. p. 341.

36. Arhiv Jugoslavije (AJ), 37 (Papers of Prime Minister Milan Stojadinović), 22/326. Véase: Stefan TROEBST: *Mussolini, Makedonien und die Mächte 1922-1930. Die "Innere Makedonische Revolutionäre Organisation" in der Südosteuropapolitik des faschistischen Italien*, Colonia-Viena, s. e., 1987.



- A cien años del genocidio armenio.

cracias liberales. Sin embargo, Checoslovaquia fue destruida cuando Hitler anexó los Sudetes en 1938, y luego ocupó el resto de los territorios checos en marzo de 1939, dándoles el nombre pre-1918 de Bohemia y Moravia, como en la época de los Habsburgo.³⁷ Finlandia, mientras tanto, logró defender su independencia contra el Ejército Rojo en la violenta Guerra de Invierno de 1939-40, pero tuvo que aceptar una reducción de su territorio en el Tratado de Moscú (1940).³⁸

En la víspera de la Segunda Guerra Mundial existían menos democracias en Europa que en 1914. Incluso en los dos principales estados vencedores europeos de la Gran Guerra, Francia y Gran Bretaña, la inestabilidad económica había dado lugar a movimientos extremistas que llegaron a definirse como anti-bolcheviques. A pesar de que nunca fue un verdadero contendiente por el poder, la Unión Británica de Fascistas de Oswald Mosley afirmó tener unos 50.000 miembros en la cumbre de su popularidad en 1934.³⁹ La extrema derecha en Francia también disfrutó de un mayor enraizamiento mientras aumentaba la militancia. Proliferaron las organizaciones paramilitares, como la Action Française y la organización de veteranos de derecha Croix de Feu, llegando a albergar a casi medio millón de personas a principios de 1936.⁴⁰

Aunque no hubo nada de inevitable en la guerra que comenzó en septiembre de 1939 y que se transformó en un conflicto global de escala sin precedentes en 1941, muchas de las cuestiones clave –y la forma en que se luchó– se remontan a la fase final de la Gran Guerra y sus consecuencias inmediatas. Gran parte de Europa antes de 1914 se había enorgullecido de la relativa seguridad jurídica y

37. Chad BRYANT: *Prague in Black: Nazi Rule and Czech Nationalism*, Cambridge, Mass., s. e., 2007.

38. Robert EDWARDS: *White Death: Russia's War on Finland 1939-40*, Londres, s. e., 2006.

39. Andrzej OLECHNOWICZ: «Liberal Anti-Fascism in the 1930s: The Case of Sir Ernest Barker», *Albion: A Quarterly Journal Concerned with British Studies*, 36 (2004), pp. 636-660, esp. p. 643. Para una información general sobre la UBF, véase: Martin PUGH: «Hurrah for the Blackshirts!» *Fascists and Fascism in Britain between the Wars*, Londres, s. e., 2006.

40. Philippe BERNARD y Henri DUBIEF: *The Decline of the Third Republic, 1914-1958*, Cambridge-Nueva York, s. e., 1985, p. 290.

estabilidad que muchos de sus estados proporcionaban a sus ciudadanos. Curiosamente, incluso durante la Primera Guerra Mundial, el monopolio de la fuerza por parte de los estados, mantenido por la policía, continuó prevaleciendo en las grandes franjas de territorio situadas fuera de los frentes de combate. Una de las novedades de la Revolución de Febrero en Rusia en 1917 fue que las presiones de la guerra provocaron la primera grieta importante de este sistema, que pronto sería seguida por su implosión completa. La derrota en la Gran Guerra y el colapso del sistema previo a la guerra permitió a nuevos actores competir violentamente por el poder, generalmente sin la relativa restricción que había caracterizado los conflictos sociales y políticos anteriores a 1914.

El primer legado fatal de los años 1917-1923 yacía sobre una nueva lógica de violencia que impregnó los conflictos domésticos e internacionales y culminó con la guerra en el frente oriental durante la Segunda Guerra Mundial. El propósito de la Operación Barbarroja nazi, lanzada en junio de 1941, ya no consistía en derrotar a un ejército enemigo e imponer duras condiciones de paz a una Unión Soviética derrotada, sino en destruir un régimen y aniquilar proporciones significativas de la población civil en el proceso. Países enteros de Europa central y oriental debían ser purgados de aquellos que se consideraban indeseables racial y políticamente. Esta lógica, que estaba relacionada tradicionalmente con la visión de las poblaciones supuestamente «inferiores» del mundo colonial y que también sustentaba las guerras balcánicas y el genocidio armenio, experimentó un avance paneuropeo en los diversos conflictos entre 1917 y 1923. Fue un cambio radical de la larga ambición de los políticos europeos desde las guerras de religión de los siglos XVI y XVII de domesticar el conflicto armado entre los pueblos «civilizados», distinguiendo entre combatientes y no combatientes, y descriminalizando al enemigo como un *iustus hostis* (una categoría que nunca se extendería a los «salvajes» no europeos de la dominación colonial).⁴¹ En los conflictos armados internos e internacionales entre 1917 y 1923, y de nuevo en las guerras civiles y las guerras interestatales a partir de la década de 1930, los oponentes eran a menudo retratados y percibidos como criminales y enemigos deshumanizados que no merecían misericordia o contención militar. Las distinciones entre civiles y combatientes, ya ambiguas durante la Primera Guerra Mundial, desaparecieron por completo en este tipo de conflictos. No es coincidencia que tanto en el período comprendido entre 1918 y 1923 como en los años treinta, el número de civiles asesinados en los conflictos armados por lo general superaba a los de los soldados muertos. Huelga decir que las horribles cifras de muertos de la Segunda Guerra Mundial –más de 40 millones, solo en Europa– achicarían fácilmente a los de los conflictos de posguerra de 1917-1923. La Unión Soviética perdería

41. Jörn LEONHARD: *Die Büchse der Pandora. Geschichte des Ersten Weltkriegs*, Múnich, s. e., 2014, p. 955; Véase, también David REYNOLDS: *The Long Shadow. The Great War and the Twentieth Century*, Londres, s. e., 2013.

más de 25 millones de personas en la Segunda Guerra Mundial, mientras que Alemania sufriría siete millones de bajas y Polonia seis millones. Pero incluso si los conflictos de posguerra no mataron a tantos civiles como la Segunda Guerra Mundial –unos diez millones solo en el epicentro del conflicto en torno a Ucrania, Bielorrusia y Polonia– comenzaron una peligrosa trayectoria histórica que invertiría la tendencia entre la mayoría de los estados europeos del siglo anterior que trataba de proteger a los civiles enemigos mediante la codificación tanto de la conducta de la guerra como de la distinción entre combatientes y no combatientes.⁴²

La criminalización y la deshumanización del enemigo no sólo estaba reservada a los enemigos externos. También se aplicaba a diferentes enemigos internos. El centro de esta nueva actitud hacia los «civiles enemigos» tenía su origen en la sentida necesidad de limpiar las comunidades de elementos «extraños» antes de que pudiera surgir una nueva sociedad utópica y de erradicar a aquellos que eran percibidos como perjudiciales para el equilibrio de la comunidad. En la derecha política, la creencia de que sólo una comunidad nacional étnicamente homogénea, limpia de enemigos internos, era capaz de ganar la guerra del futuro –que muchos consideraban inevitable– constituía un poderoso componente de la moneda común de la política y de la acción radical en Europa entre 1917 y los años cuarenta. Esto fue así en aquellos países frustrados con los resultados de la Gran Guerra y los conflictos de la posguerra. En la izquierda radical, la idea de la comunidad purificada tenía un significado diferente y la violencia estaba dirigida principalmente contra enemigos de clase, reales o imaginarios. Sin embargo, la persecución política en la Unión Soviética (que culminó en la Gran Purga de 1937-1938, que acabó con el 1% de la población adulta de la Unión Soviética) también se dirigía generalmente contra grupos sospechosos de la población y a potenciales «quintas columnas» en una posible guerra futura con la Alemania nazi.⁴³

En los estados derrotados de la Gran Guerra, la dirección y el propósito de la violencia contrarrevolucionaria fueron guiados por la creencia generalizada de que el resultado de esa guerra había permanecido abierto hasta 1918 y que la derrota de las potencias centrales no era más que el resultado de la traición en la retaguardia. Las referencias a esta «traición», a este «asunto pendiente», eran comunes. En la Alemania nazi en particular, los grupos supuestamente responsables de los acontecimientos de noviembre de 1918 (comunistas y judíos) figuraron de manera prominente como víctimas del terror nazi desde el momento del nombramiento de Hitler como canciller.

42. Ian KERSHAW: *To Hell and Back. Europe 1914-1949*, Londres, s. e., 2016, p. 346.

43. Robert CONQUEST: *The Great Terror. A Reassessment*, Oxford-Nueva York, s. e., 1990; Nicolas WERTH: «The NKVD Mass Secret Operation n° 00447 (August 1937-November 1938)», *Online Encyclopedia of Mass Violence*, publicado el 24 mayo de 2010, consultado el 22 de enero de 2016, <http://www.massviolence.org/The-NKVD-Mass-Secret-Operation-no-00447-August-1937>.



Londoner Polizei räumt auf

DIES HAT ZU EINER BESONDEREN STÄRKUNG
UND KONZENTRATION DER POLIZEI GEFÜHRT



• Página del fotolibro de E. Jünger *El mundo transformado*, 1933.

También en Italia, la obsesión con las divisiones internas de la Gran Guerra se desarrolló violentamente, ya que durante el régimen de Mussolini arrestaron a disidentes reales y potenciales, intimidaron a través de la violencia y pusieron en práctica deportaciones forzadas a partes remotas del sur de Italia. El equivalente italiano de la Gestapo, la policía política, o la «Polpol», formada en 1926, se puso en contacto con la policía local a través de la Organización para la Vigilancia y la Represión del Antifascismo (OVRA), cuyo trabajo era vigilar la correspondencia

de los disidentes. Al igual que la Gestapo, la PolPol y la OVRA emplearon un gran número de informantes, algunos de los cuales eran socialistas o comunistas, que habían sido o bien forzados a colaborar o persuadidos a trabajar para el régimen a través de incentivos económicos.⁴⁴

La continuación de una lógica violenta también era rastreable en las antiguas tierras de los Habsburgo, en las que la cruda noción de disolver violentamente la complejidad étnica de las regiones, junto con el antibolchevismo militante y el antisemitismo radicalizado, crearon legados fatales. El Terror Blanco en Hungría de 1919-1920 era un indicativo de los amplios sentimientos «antibolcheviques» y antisemitas en el país al final de la Gran Guerra. Revivió con furia entre principios de los años 1930 y mediados de los 40, y culminó en la activa colaboración de algunos húngaros con los nazis en el sistemático asesinato en masa de los judíos húngaros. Las mismas actitudes también se hicieron sentir en Austria, donde los sentimientos tradicionales antisemitas y anti-eslavos, reforzados durante la Gran Guerra, y a través de la migración judía de Europa central y oriental a Viena, resurgirían con renovada intensidad después del breve momento de la relativa estabilización a mediados de la década de 1920 que dio paso a la depresión económica y la agitación política.

Este tipo y nivel de violencia no eran en sí mismos sorprendentes, ya que los agentes violentos de 1917-1923 eran a menudo idénticos a los que desatarían un nuevo ciclo de violencia en los años treinta y principios de los cuarenta. Para muchos fascistas alemanes, austriacos y húngaros de los años treinta, las experiencias de 1918-1919 proporcionaron un catalizador decisivo para la radicalización política y un catálogo de agendas políticas cuya aplicación se pospuso simplemente durante los años de relativa estabilidad entre 1923 y 1929. Algunos de los activistas paramilitares más destacados del período inmediato de la posguerra resurgirían en las dictaduras centroeuropeas de la derecha; no sólo en Italia, donde los veteranos de las escuadras fascistas recibieron posiciones prominentes en la dictadura de Mussolini. En Hungría también, destacados miembros de la Cruz Flechada como Ferenc Szálasi y otros señalaron repetidamente el período entre noviembre de 1918 y la firma del Tratado de Trianon en junio de 1920 como el momento de su «despertar político».

También en Austria las continuidades personales entre los conflictos armados del período inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial y su secuela desde 1939 son fáciles de identificar. Robert Ritter von Greim, por ejemplo, una vez que el líder de la rama tirolesa de la liga paramilitar *Oberland*, se convirtió brevemente en el sucesor de Hermann Göring como comandante de la *Luftwaffe* alemana. Otros paramilitares austriacos del período posterior a la Primera Guerra Mundial también disfrutaron de carreras de gran importancia durante la Segunda

44. Christopher DUGGAN: *Fascist Voices: An Intimate History of Mussolini's Italy*, Londres, s. e., 2012, p. 151 y ss.

Guerra Mundial: Hanns Albin Rauter, que había contribuido decisivamente a la radicalización de la *Heimwehr* de Estiria, se convirtió en alto mando de la SS y comandante de policía en la Holanda ocupada por los nazis. Mientras que su compatriota y amigo, Ernst Kaltenbrunner, sucedió a Reinhard Heydrich como jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA), en 1943. A todos estos hombres, las dictaduras fascistas les dieron la oportunidad de resolver viejas cuentas y de «resolver» algunas cuestiones que había planteado la vergonzosa derrota de 1918, junto con la amenaza percibida de la revolución bolchevique y el colapso imperial.

Sin duda, la relación entre el paramilitarismo posterior a 1918 y los diversos movimientos fascistas de los años treinta y principios de los cuarenta no siempre fue tan directa. Muchos paramilitares prominentes del período inmediato de la posguerra fueron fervientes antibolcheviques y antisemitas comprometidos en 1918, pero encontraron finalmente sus propias metas políticas, que estuvieron en desacuerdo con las de los nazis. El antiguo líder de la *Heimwehr*, Ernst Rüdiger Starhemberg, que había mantenido estrechas relaciones personales con Hitler después de 1919 (y de hecho participó en el fracasado *putsch* de los nazis en Múnich en noviembre de 1923), se opuso al movimiento nazi austriaco en la década de 1930, calificó su antisemitismo de «absurdo», defendió la independencia austríaca en 1938 e incluso sirvió en las fuerzas británicas y francesas libres como un piloto de caza durante la Segunda Guerra Mundial. Starhemberg no fue el único paramilitar prominente que se dio cuenta de que su visión de un renacimiento austriaco nacional era incompatible con la del nazismo. El capitán Karl Burian, fundador y jefe de la organización monárquica clandestina *Ostara*, después del fin de la Gran Guerra, pagó por sus continuas creencias monárquicas con su arresto por la Gestapo y su ejecución en 1944. Incluso en Alemania las filas de los antiguos *Freikorps* fueron purgadas, notablemente durante la «Noche de los Cuchillos Largos» en junio de 1934 cuando varios de ellos, ahora en posiciones prominentes dentro del SA, fueron asesinados. Esto no impidió, por supuesto, que los nazis alabaran a los *Freikorps* como sus predecesores espirituales, que habían desafiado heroicamente y violentamente a los pacificadores de París en 1919. Personajes prominentes como Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich enfatizaron su pasado *Freikorps*, aunque solo hubieran participado en escasas acciones militares después de 1918.

Los contemporáneos que vivieron en ese período vieron más claramente que muchos estudiosos las continuidades entre los años 1917-1923 y la Segunda Guerra Mundial. Los líderes políticos antes y durante la Segunda Guerra Mundial se refirieron continuamente al «período posterior a la guerra» en un intento de dar sentido al mundo que les rodeaba o para contextualizar y justificar históricamente sus ambiciones geopolíticas. En un famoso discurso de 1939 para celebrar el vigésimo aniversario de la fundación de *Fasci Italiani di Combattimento*, Benito Mussolini, por ejemplo, destacó lo fundamental de los años de la posguerra para el surgimiento del fascismo y la necesidad de honrar a través de los hechos la memoria de los que habían muerto en las luchas de la posguerra:

El 23 de marzo de 1919 levantamos la bandera negra de la revolución fascista, precursora de la renovación europea. Los veteranos de las trincheras y los jóvenes se reunieron alrededor de esta bandera, formando escuadras que querían marchar contra gobiernos cobardes y contra ideologías fatales del este, para liberar al pueblo de la maligna influencia de 1789. Miles de compañeros cayeron alrededor de esta bandera, luchando como héroes, en el sentido más verdadero de la palabra romana, en las calles y plazas de Italia, en África y en España. Su memoria está siempre viva y presente en nuestros corazones. Algunos pueden haber olvidado las dificultades de los años de la posguerra (alguien de la muchedumbre grita: ¡Nadie!), Pero los *squadristi* no lo han olvidado, no pueden olvidar (alguien de la muchedumbre grita: ¡Nunca!).⁴⁵



• Funerales de Karl Liebknecht y de Rosa de Luxemburgo (ataúd vacío) el 25 de enero de 1919.

Poco más de un año después, en junio de 1940, justo cuando Italia entró en la guerra, Mussolini volvió sobre este tema, sugiriendo que la «revolución» nacional de los fascistas pronto se completaría a través de un nuevo cálculo con los enemigos externos de Italia. La guerra en la que Italia estaba a punto de entrar, afirmó, no era sino «una etapa lógica en el desarrollo de nuestra revolución.»⁴⁶

Hitler se refería retrospectivamente una y otra vez a los «años de la posguerra» en sus discursos, también a través de gestos simbólicos. Su decisión, por ejemplo, de que el armisticio de junio de 1940 firmado en Francia en el mismo vagón en el bosque de Compiègne, en el que los alemanes habían reconocido la derrota en noviembre de 1918, era un acto muy cargado simbólicamente cuyo significado era tan ampliamente comprendido y apreciado como la anexión de Danzig y Prusia Occidental el año anterior: el Führer estaba «corrigiendo» las injusticias históricas cometidas con Alemania al final de la Gran Guerra.

En los Estados bálticos y Ucrania, la Segunda Guerra Mundial hizo evocar las guerras contra el Ejército Rojo veinte años antes. Al menos inicialmente, muchos nacionalistas de la región acogieron con satisfacción la ofensiva alemana contra

45. Benito MUSSOLINI: *Opera Omnia*, Florencia, s. e., 1951, vol. 29, pp. 249-250.

46. *Ibid.*, p. 404.

la Unión Soviética en junio de 1941 como el comienzo de un regreso a la nación independiente establecida por primera vez en 1918. Al norte, en Finlandia, durante el ataque de 1939 por el Ejército Rojo, el comandante en jefe, Carl Mannerheim, subrayó en su primera orden a las Fuerzas de Defensa finlandesas que la guerra no era más que la continuación de un conflicto que había comenzado en 1918: «¡Valientes soldados de Finlandia! Como en 1918 nuestro enemigo heredado está de nuevo atacando a nuestro país... Esta guerra no es otra cosa que el acto final de nuestra Guerra de Independencia.»⁴⁷ El caso es que la Guerra de Invierno no fue «el acto final» de la historia, ya que fue seguida, entre 1941 y 1944, por la brutal Guerra de Continuación. Hasta el día de hoy, muchos nacionalistas finlandeses sostienen que su país nunca participó en la Segunda Guerra Mundial, sino en un conflicto contrarrevolucionario con el archienemigo bolchevique que participó violentamente en varios episodios interconectados entre 1918 y 1944.

Como aclaran las citas de Mussolini y Mannerheim, los contemporáneos sintieron la presencia persistente de los conflictos que habían sido combatidos tan violentamente al final de la Gran Guerra y sus secuelas, un período en la historia europea que había destruido viejas estructuras y creado nuevas, a la vez terminando y acelerando o iniciando desarrollos históricos. En la memoria colectiva de los pueblos de Europa, este período ocupaba un lugar prominente, ya fuera como una revuelta revolucionaria, un triunfo nacional o una humillación nacional para ser redimida a través de otra guerra. Como tal, el período nos ayuda a entender la lógica y el propósito de los ciclos subsiguientes de violencia que a menudo se extendieron más allá de 1939.

Traducción de Carlota Sánchez

47. Mannerheim, citado en Eyal LEWIN: *National Resilience during War: Refining the Decision-Making Model*, Nueva York, Lanham, MD/Boulder, 2012, p. 166. Sobre Mannerheim, véase: Stig JÄGER-SKIÖLD: *Mannerheim: Marshal of Finland*, Londres, s. E., 1986.

.....
ROBERT GERTWARTH es miembro del Centre for War Studies del University College, Dublín.